

Homilía de Mons. Rafael Zornoza Boy en la Misa Crismal.

S. A. I. Catedral de Cádiz, a 31 de marzo de 2021

Queridos hermanos, pueblo santo de Dios y muy queridos sacerdotes:

La Misa Crismal nos invita a contemplar a Jesús, el Ungido por el Espíritu Santo, Nuestro Sumo Sacerdote y nos da un motivo de esperanza: ser cristianos significa haber sido ungidos, para ser configurados con Cristo. En virtud del bautismo hemos sido hechos sacerdotes, capacitados por la unción con el Espíritu para hacer de nuestra vida, de lo que hacemos y padecemos, una ofrenda agradable al Señor.

Jesús de Nazaret es el Cristo, el Ungido, el Mesías. Después de haber sido bautizado en el Jordán y llevado al desierto para ser tentado, acude a la sinagoga de Nazaret y declara en Él cumplida la profecía de Isaías (Lc 4, 16-21)). Es el Salvador esperado el ungido por el Espíritu del Señor (el Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido: Is 61, 1) y el pueblo que Él congregue será un pueblo de sacerdotes ("Vosotros os llamaréis "Sacerdotes del Señor", Is 61,6). El Salmo 88 profundiza en el significado de esta unción: lo he ungido con óleo sagrado; para que mi mano esté siempre con él y mi brazo lo haga valeroso (Sal 88, 22).

El Apocalipsis, anuncia el desenlace definitivo de esa doble promesa al final de los tiempos: "Al que nos ama y nos ha librado de nuestros pecados con su sangre, y nos ha hecho reino y sacerdotes para Dios, su Padre; a él, la gloria y el poder por los siglos de los siglos". Y, sigue: "Mirad, viene entre las nubes. Todo ojo lo verá, también los que lo traspasaron" (Ap 1, 7).

Jesús en su misión hace presente a la Trinidad Santa: el Padre que unge y envía; el Hijo, ungido y enviado; el Espíritu Santo, unguento que acompaña en toda la misión del Hijo, habituándose a robustecer la fragilidad de la humanidad, hasta que un día sea derramado sobre todos los hombres. Su actuación consiste en evangelizar a los pobres, proclamar a los cautivos la libertad, a los ciegos la vista, poner en libertad a los oprimidos, proclamar el año de gracia del Señor (Lc 4, 18-19). La docilidad al Espíritu Santo la reconoceremos si en nosotros, como otros cristos, se reconocen las obras de Cristo: llevar la buena noticia a los pobres, dar luz a los ciegos y libertad a los cautivos.

La bendición de los óleos y la consagración del crisma nos hacen ver que todos los bautizados somos ungidos, otros cristos. Con el crisma consagrado son ungidos los nuevos bautizados y son signados los que reciben la confirmación. Con el óleo de los catecúmenos se preparan y disponen para el bautismo los mismos catecúmenos. Con el óleo de los enfermos, estos son aliviados en sus enfermedades. Encomendemos hoy

a nuestros catecúmenos y a los catequistas, a todos los fieles fortalecidos por los sacramentos para vivir su misión en el mundo con la fuerza de la gracia. También a los enfermos, a cuantos sufren la pandemia, a los que colaboran con la pastoral de enfermos, y a todos los que sufren de cualquier modo, porque esperan la salvación de Dios.

La renovación de las promesas sacerdotales es otro de los signos característicos de esta Misa Crismal. A los sacerdotes Jesucristo, por la acción de su Espíritu y el crisma que nos ungió en la ordenación sacerdotal, nos ha hecho partícipes de manera efectiva de su condición de Sacerdote, de Profeta y Señor. Somos profetas como Él llamados a anunciar con obras y palabras la persona, el mensaje, el proyecto renovador y salvador del Señor, sin olvidar nunca que somos sacerdotes en Él, con El y por El. En consecuencia, nuestra vida sacerdotal ha de ser, como la suya, una ofrenda de amor agradecido de toda nuestra existencia a Dios Padre y de amor servicial a los hermanos. Hoy tenemos especialmente presentes a los sacerdotes ancianos, que han hecho de su vida una ofrenda al servicio del Señor, y también a los fallecidos este año, con nuestra mayor gratitud. Gastemos también nosotros nuestra vida al servicio del evangelio, sirviendo a los pobres, dándonos a los demás.

Hermanos sacerdotes: renovemos las promesas que hicimos al recibir la ordenación en esta Misa en que es consagrado el crisma. Comprendamos que la renovación de estas promesas no es un ejercicio de voluntarismo –como si el permanecer fieles a la vocación fuera un empeño de nuestras fuerzas— sino una respuesta de docilidad al Espíritu Santo. Por esto la fidelidad del sacerdote pasa siempre por el cuidado de la vida interior, el trato interior con el Señor y la vida de oración: para poder llevar sobre sus hombros la carga del pueblo que le es confiado, el sacerdote debe vivir en dependencia del Espíritu Santo de quien recibe la capacidad de amar a los fieles con el mismo amor del Buen Pastor. Esta es la razón principal para cuidar, y vivir en permanente intercesión por el pueblo encomendado, prolongando la oración del Señor.

Un único sacerdocio –el de Cristo— está expresado en la unión con el Obispo para la renovación de las promesas sacerdotales y en la recepción de los óleos. Por ello pedimos al Señor que nos conceda crecer siempre en la unidad afectiva y efectiva, y en la comunión: la del obispo con sus presbíteros y la de los presbíteros con el, así como de los presbíteros entre sí y todos nosotros con nuestros fieles cristianos. Trabajemos y oremos para que nuestra Iglesia diocesana sea siempre casa y escuela de la comunión, lugar de fraternidad, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo. Aprendamos a querer a la

Iglesia amando a todos los carismas y promoviendo las vocaciones. Seamos valientes para evangelizar con decisión.

Renovar las promesas sacerdotales que hicimos ante el Señor y el Pueblo Santo de Dios el día de nuestra ordenación, ha de hacerse con alegría interior, pero también con humildad para suplicar el don de la fidelidad, que es el amor que resiste al desgaste del tiempo. Esto supone tener un corazón dispuesto a decir hoy: Sí, quiero estar más fuertemente unido a Cristo y a la Iglesia; sí, quiero configurarme con Jesús, Sumo y Eterno Sacerdote; sí, quiero seguir sirviendo a la Iglesia como ella quiere ser servida; sí, quiero seguir entregando mi vida por el Señor y por la salvación de los hermanos con fidelidad y amor; sí, estoy dispuesto, no sólo a actuar por la Iglesia, sino a sufrir por ella y por la evangelización, puesto que en ella se juega que los hombres encuentren a Dios y el sentido de sus vidas.

Debemos preguntarnos: ¿Qué más puedo dar yo al Señor en el aquí y ahora de mi vida sacerdotal? ¿Cómo vivir cada vez más mi sacerdocio como servicio de amor a la Iglesia y a los hermanos? ¿Quiero ser santo? El sacerdote no se pertenece, no vive ya para sí mismo sino para Dios y para los hermanos, Cristo es el centro de su vida y su único tesoro. Siguiendo las palabras de la liturgia de hoy: ¿Quiero unirme de verdad más fuertemente a Cristo y configurarme con él? ¿Y renunciar a mí mismo, como acepté gozoso el día de mi ordenación? ¿Sigo queriendo ser fiel administrador y dispensador de los misterios de Dios? Si “en un administrador, lo que se busca es que sea fiel” (1 Cor 4, 2): ¿qué significa ser fiel, bueno, para llevar a los demás la vida de Dios, para evangelizar? ¿Lo que me mueve en todo momento es tan solo el celo por la salvación de las almas, el bien de los demás –como el que se percibía en Señor Jesús, que recorría “todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas y predicando el Evangelio del Reino, sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo”—? (Mt 9, 35-36).

Jesús sigue saliendo al encuentro de todos, solícito por los hambrientos, los enfermos, los sin techo y sin trabajo, emigrantes y refugiados, desvalidos. Busca a los heridos por tantos abandonos, rupturas, y crisis familiares, a los que sufren por la violación de algún derecho o por un amor destruido. Quiere que nos preocupemos de su cuerpo, pero también de su salvación eterna y de las necesidades espirituales de cuantos que viven en las tinieblas de la ignorancia y de la mentira, y necesitan venir a la luz de la verdad que los haga libres; de los descartados y más vulnerables por la cultura del consumismo. Por todo ello os pido encarecidamente que cuidéis de los pobres y de la evangelización.

Queridos sacerdotes: este vivir no para nosotros mismos que nos exige nuestro ser de sacerdotes puede parecerse inalcanzable, más aún cuando experimentamos nuestras fragilidades y limitaciones. Pero no olvidemos nunca lo que nos dice nuestro Papa Francisco: "Jesús, no nos deja solos, no abandona a su Iglesia. Él camina con nosotros, Él nos comprende. Comprende nuestras debilidades, nuestros pecados, ¡nos perdona!, siempre que nosotros nos dejemos perdonar. Él está siempre con nosotros ayudándonos a ser menos pecadores, más santos, más unidos" (Francisco, Audiencia General, 27-VIII-2014).

Pidámosle también por las vocaciones: "La mies es mucha, pero los obreros son pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies (Mt 9, 37-38). El sabrá atraer el corazón de tantas personas generosas que pueden entregarse eficazmente para cambiar el mundo y el corazón de la humanidad dejando que el bálsamo de Cristo les haga renacer y resucitar.

Queridos fieles bautizados, queridos sacerdotes: El Jueves Santo celebraremos el día del amor fraterno. Recordemos que es el mismo Cristo quien queda por amor en la eucaristía, pero también es el que me espera en mi prójimo, especialmente en el más necesitado. Que por la fuerza de la caridad y de la unción espiritual que hemos recibido seamos en el mundo buen olor de Cristo. A Él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. AMEN.